

VIAJE A CHECOSLOVAQUIA (V)

PAISAJE Y PAISANAJE





Minifalda, pelos largos en algunos jóvenes... Los modos «occidentales» han estallado aquí casi simultáneamente que en el resto de Europa. La apertura política por la que pasa el país favorecerá estas corrientes.



CREO que ya está bien de política y, si a usted no le molesta, me gustaría conocer un poco la manera de vivir del pueblo checo; el ambiente donde esta vida se desenvuelve.

—Ya; usted, como diría el otro, desca saber algo del paisaje y el paisanaje, al margen del sistema por el que se rigen uno y otro, ¿no es cierto? Su aspiración es perfectamente plausible, pero me temo que no siempre podamos desglosar al hombre de su circunstancia, como diría el señor Ortega; estudiar al hombre dentro de un fanal, en el vacío, no está en mi mano. Todavía si yo hubiera visitado Checoslovaquia en los años treinta y hubiese vuelto por allá ahora, al cabo de seis lustros, acaso podría decirle de manera inequívoca: el checo es así o asao, bien viva en democracia, bien viva bajo un régimen socialista. Pero es el caso que yo no he visitado este país hasta ahora y en consecuencia ignoro si los vicios y virtudes sociales son atributos de una raza o se han acentuado o debilitado tras una rígida experiencia socialista, larga de veinte años. Esto me sucede, pongamos por caso, al hablarle de la solidaridad, una nota bien definidora del temperamento checo. ¿Son los checoslovacos solidarios de siempre —pese a la defenestración de Praga— o han sido la incertidumbre del futuro, el sentimiento personal de inseguridad, los que han originado y fomentado esta actitud vital, incontestable en nuestros días? Yo no podría responderle. La única afirmación que puedo formular con absoluta certeza es que el checo actual es un hombre que ve en el vecino un prójimo, esto es, que es un ente que aún cree que de la unión nace no sé si la fuerza, pero sí al menos el consuelo. Estas cosas no pueden ocultarse nunca y con mayor motivo a un extranjero que cae allí como un chivo en un garage y que, por ignorar, ignora hasta la manera de pedir pan y agua. En esas circunstancias, un hombre, si no cuenta con la buena disposición ajena, es un perfecto naufrago. Pues bien, yo puedo decirle que, de entrada, no he encontrado allí, salvo la excepción de que luego le hablaré, más que sonrisas amistosas y buenas caras. ¿Deriva esto de que el socialismo, en esencia, encierra un contenido evangélico más acusado que el capitalismo o, por el contrario, de que el miedo aprieta a los hombres, unos contra otros, como a las ovejas cuando amaga el lobo? ¡Vaya usted a saber! Lo que sí puedo decirle es que ya en la frontera, pese a su doble barrera, no hallé sino facilidades y deseos de ayudar. Tal disposición se acentuó al acceder a Brno una hora

más tarde y no acertar con la dirección del profesor a quien iba facturado, dirección que por el hecho de vivir (el profesor) en un descampado no conocían ni los más proyectos de la localidad. Así, durante más de una hora, no hice otra cosa que ir de la Ceca a la Meca sin el menor progreso. A mi consulta, cuartilla en mano, los checos sonreían y se encogían de hombros. Finalmente un guardia me dijo que había de retroceder cinco kilómetros, pero es el caso que cinco kilómetros más atrás me encontré en pleno campo y hubo de continuar otros dos para arribar a un lugar habitado: No era Brno, sino un pueblecito próximo. En esta tesitura aparqué el automóvil y me dirigí a un camionero. El desconocía aquellas señas, pero me invitó a pasar a un restaurante de carretera. El camionero cambió unas palabras con la dueña del bar, palabras que tuvieron la virtud de congregarse en torno nuestro a cuantas personas consumían alguna cosa en la barra o en las mesas. Cada uno emitía su opinión, pero en vista de que no había acuerdo, el camionero salió, me indicó con un gesto que esperase y volvió con un compañero que chapurreaba francés. El nuevo camionero me preguntó el nombre del profesor y, al dárselo, la dueña del bar tuvo la feliz idea de consultar la guía de teléfonos y pedir una conferencia con Brno. Cuando al cabo de unos minutos me vieron de conversar con el profesor todos sonreían entre sí como diciéndose: «Nos ha costado lo suyo, pero al fin hemos resuelto el problema».

—En España hubiéramos hecho lo mismo.

—No le digo que no. España, aunque en baja, todavía conserva, particularmente entre las clases pobres, un activo y operante concepto de la solidaridad. Pero lo que le cuento se ha repetido un montón de veces y, acrecentado, una mañana en Praga, cuando un guardia de circulación me puso a caldo por tomar una dirección indebida. Sus voces eran tan agrias y destempladas que de inmediato la gente se aglomeró en torno al coche, sonriéndonos a mi mujer y a mí sin duda para quitarnos el mal sabor de boca que el incidente pudiera ocasionarnos. De pronto, uno de los curiosos se abrió paso, agarró la manija de la puerta trasera y me dijo: «¿Permite?». Le hice subir, y en tanto el urbano se regodeaba tomando el número de mi pasaporte, el espontáneo, empleando palabras francesas y españolas, nos dijo que no juzgáramos al pueblo checo por la actitud de aquel bocazas y que seguramente habría seres como él en París y en Madrid. Le respondí que sin duda alguna el dichoso agente era un producto uni- ▶

2337110
**¡ EL MAS COMPLETO RADIOTRANSISTOR
PRODUCIDO EN ESPANA !**



**DISTINTO A TODO LO HASTA AHORA CONOCIDO...TODA ONDA!
NORMAL - CORTA - FRECUENCIA MODULADA Y MARITIMA - CON
TROL AUTOMATICO DE FRECUENCIA SINTONIZADOR OPTICO -
CAMBIO DE TONO (GRAVE Y AGUDO) DIAL ILUMINABLE CON
CARTA DE HUSOS HORARIOS - ANTENA TELESCOPICA - CIN-
CO TOMAS: RED - AURICULAR O ALTAVOZ SUPLETORIO - MAG-
NETOFONO - PICK UP. Y ANTENA COCHE... SE TRATA DEL RE-
CEPTOR DE MAS ALTO Y TAMBIEN JUSTIFICADO PRECIO: 6.991
PTAS., P. V. P. CON IMPUESTOS INCLUIDOS**

NATURALMENTE

**UN
LAVIS**



**PRIMERA CALIDAD
LO MISMO EN RADIO
QUE EN TELEVISION**

PAISAJE Y PAISANAJE

versal, pero que me había hecho la Pascua, pues al prohibirme doblar por la calle que conocía me sería difícil llegar al hotel. A todo esto, las dos docenas de curiosos que nos rodeaban le decían cosas al espontáneo y el espontáneo nos las traducía y todas eran frases amables: de condena para la severidad del urbano y de consternación para los trastornos que su conducta pudiera causarnos. Al cabo, el espontáneo nos dijo que había estado unos años trabajando en una mina belga con obreros españoles y de ahí sus conocimientos lingüísticos. Finalmente nos condujo hasta el hotel y al despedirnos insistió en que el guardia no era precisamente un exponente de la hidalguía y la cordialidad del pueblo checo, cosa que ya había tenido yo acasión de comprobar y nos pidió que le disculpásemos.

la familia y el divorcio

—Estas cosas, en un país extraño, siempre son de agradecer.

—¡Y que lo diga! Pero debo insistirle en que éstos no son sino dos botones de muestra. Si hago abstracción del policía urbano, aun buscando con candil, no encontraría otro caso a lo largo de las dos semanas de mi estancia en Checoslovaquia no ya de hostilidad, sino simplemente de indiferencia. El checo, en una palabra, todavía es prójimo, cosa, por insólita, bastante consoladora. Por otro lado, todo aquello de que el comunismo haya destruido la familia es un cuento chino, al menos por el momento. Tal vez al incorporar a la mujer a la vida social, al trabajo fuera del hogar, la familia se esté montando ahora sobre supuestos diferentes y en este sentido, el futuro será otra cosa. Hoy por hoy puedo decirle que los veinte años transcurridos han apretado a las familias, han aglomerado a padres, hijos y nietos en una unidad sin fisuras. La inexistencia del servicio doméstico otorga a los abuelos allí una función primordial: la atención y el cuidado de los nietos mientras los padres trabajan o se distraen. Y aquí tiene usted otra manifestación bien valiosa de la solidaridad checa y no sólo en los abuelos, sino en aquellos casos en que los abuelos no existen. Durante mi estancia en Praga cené en casa de una familia con cuatro niños y tras la inevitable exploración de los rasgos maternos y paternos de cada uno de los vástagos, llegamos a la conclusión de que el último —de ocho meses— no se parecía a ninguno de los dos. El padre aclaró: «Es que éste no es nuestro. Lo tenemos con nosotros una semana mientras sus padres asisten a un Congreso de Intelectuales católicos en Berlín». Ahí tiene usted como quien no hace nada. Durante la cena, la señora se levantó veinte veces a dar el biberón al crío, a consolarle cuando lloraba, a vigilar su sueño... Bueno, pues esta señora trabaja ocho horas fuera de casa, asea el hogar, cuida de sus hijos y, para desengrasar, se hace responsable de los del prójimo



La mujer checa se ha beneficiado extraordinariamente de la política educacional y de emancipación de su sexo. Alimenta de profesionales las carreras de Medicina y Magisterio sobre todo. Sería un tópico decir ya que la inserción de la mujer en el trabajo no le resta aquí, como en otras partes, «femineidad».

cuando el prójimo se ve obligado a ausentarse. Todo ello con la sonrisa en los labios. Pero mi sorpresa subió de punto cuando me enteré de que el matrimonio ausente tenía además de aquel otro seis hijos que había colocado del mismo modo antes de marchar en otras tantas familias amigas. ¿Qué le parece?

—Así que a los checos también les da por los hijos como a nosotros.

—Bueno, ésta es otra cuestión. Ya le dije antes que las familias jóvenes empiezan a organizarse sobre supuestos distintos y en este punto si no me equivoco a los checos se les va a presentar un problema grave y no tardando. Por lo que he podido ver allí la gente joven se está limitando al hijo único y, a todo tirar, a la parejita. Las casas pequeñas, el trabajo de ambos cónyuges, los cortos ingresos y el signo materialista de su sociedad, han aportado esta novedad. Novedad que si usted la une al divorcio puede comprometer la estabilidad de unos cimientos que hasta ahora parecían sólidos y a prueba de bomba.

—¿De modo que allí se divorcian a la americana?

—Más o menos. El Estado-padre concede a los esposos un margen de tres errores, es decir, los hombres y las mujeres pueden divorciarse tres veces y, por lo tanto, casarse cuatro.

—¿Cómo cuatro?

—Si usted se divorcia tres veces, aún conserva una oportunidad y

esa oportunidad, la cuarta, es definitiva. Usted debe pechar con la que le toque, le guste o no. Este margen de errores no deja de ser arbitrario, como usted comprenderá. Una divorciada cincuentona me decía que su marido la dejó para casarse con una de treinta, pero que le conocía bien y que cuando su nueva mujer cumpliera los cuarenta y cinco, la plantaría asimismo para buscar otra con quince años menos. De esta manera el marido cumple años pero periódicamente «su» mujer se rejuvenece.

—Oiga, oiga, ¿sabe que el sistema no está mal?

—Ya le veo venir. En definitiva, todo esto es puro materialismo. Tanto como el de occidente. En occidente, si no hay divorcio, el problema se resuelve con la amiga. Se guardan las apariencias, pero en el fondo la destrucción de la familia es la misma. Al fallar la base moral, la disolución del matrimonio es inexorable. En fin, nada nuevo. El problema a que aludía no es éste, sin embargo, con ser éste importante. El problema es demográfico. Verá, haga usted cuentas. Ponga, por término medio, un hijo por cada matrimonio. Por otra parte, anote que Checoslovaquia sostiene hoy un treinta por ciento de población de pensionistas jubilados. Esto de las matemáticas no se me da muy bien, no obstante, todo hace presumir que a la vuelta de unos años, si de cada dos checos sale uno y este treinta por ciento de ju-

bilados estiran la pata, la población, que hoy mas o menos, ronda los quince millones, descenderá. Esto si las matemáticas no mienten o mis cálculos no son equivocados.

el checo ante la muerte

—Usted en seguida entierra a la gente.

—No se trata de enterrar a nadie, sino de prever con cierta lógica el futuro inmediato. Ocurre igual con el campo de Castilla cuando los sociólogos y economistas le dicen a usted que el treinta y tantos por ciento de población rural es todavía mucha población rural. Ande, eche usted una ojadita a nuestra población rural: viejos renqueantes y mocosos en edad escolar. Estos mocosos en cuanto aprendan a limpiarse las narices se irán con la música a otra parte y en cuanto a los viejos, más tarde o más temprano, al cementerio. Es ley de vida. Y ya que hablamos de cementerios le diré que he visitado varios en Checoslovaquia. A mí me gusta ver cementerios, ¿sabe? Es una manía como otra cualquiera. Comprendo que los muertos son menos elocuentes que los vivos pero suelen ser más sinceros. Un pueblo se manifiesta sin falacias ni repliegues en sus cementerios. Y si es verdad que la historia del pueblo egipcio ha salido de sus tumbas, también los cementerios de otros pueblos pueden decirnos algunas cosas sobre su presente, por ejemplo, que el checo es meticuloso y sensible, aparte de los sentimientos religioso y familiar notorios también en estas ciudades de los muertos. Los epitafios y símbolos son sumamente expresivos en este aspecto. No es que sean nuevos, pero precisamente en que no lo sean radica la novedad; quiere decir que el hombre es lo mismo en todas partes y ninguna filosofía puede cambiar los sentimientos del pueblo cuando se encara con el misterio de la muerte. Esto al margen, nunca vi camposantos tan bien cuidados como los checos. Y no me refiero ahora al componente mineral, panteones y losas, sino al elemento vegetal, con siembras de césped y flores. En general, los checos, posiblemente por economía, han incorporado a sus cementerios un mármol artificial negro donde se imprime, a la manera de los italianos, la efigie del difunto y bajo ella las frases de encomio y recuerdo. También me llamó la atención una costumbre que ya observé en Chile: el fanal con la lamparita de aceite permanentemente encendida. Flores —plantadas— y candelas, indican una unión constante, familiar, íntima entre vivos y muertos que se prolonga hasta más allá del tránsito. Los muertos checos no son visita de una vez por año como los españoles. Y, dentro del simbolismo funerario, dos —para mí— novedades: la paloma blanca, muerta y su compañera, viva —ambas en piedra o mármol—, engurrugada por el dolor a su lado, distintivo de las tumbas de niños y gente joven, y el cáliz. Y, siempre como

PAISAJE Y PAISANAJE



Los dos coches nacionales checos: el Tatra (a la izquierda) y el Skoda (a la derecha). La droga de la velocidad no existe en este país, donde el sosiego es una virtud que se traduce en un trato respetuoso y agradable para el prójimo.

remate, la cruz. Sorprenden las cruces de los cementerios checos puesto que no existen cementerios civiles, lo que parece indicar que pese a que el número de católicos practicantes es escaso en relación con la cifra de católicos oficiales, este desinterés religioso no se prolonga hasta más allá de la muerte. Por otra parte, en Checoslovaquia se va extendiendo la cremación entre los no creyentes. Un nicho, protegido por un cristal, encierra la urna diminuta con las cenizas. No son muchos, particularmente en los pueblos, por lo que estos enterramientos todavía sobrecogen un poco.

el apremio por llegar

—¡Concho!, pues si que se ha puesto usted divertido. ¿Es que no sabe hablar de cosas un poco más alegres?

—Tenga paciencia, hombre; yo camino a mi aire, ya se lo dije, y si a veces soplan vientos fúnebres no se preocupe, ya cambiarán. Lo malo es que si ahora relaciono la impasibilidad del checo con la muerte, usted se va a enfadar. Y quizá haría bien en enfadarse puesto que más que de impasibilidad debería hablar de serenidad o de control. Por supuesto, el checo no es consciente de este ambiente de tranquilidad en que vive. El checo, mano a mano, le dirá que las dificultades de la vida son muchas y que esto es el no parar, y que si la prisa, y que si las angustias, y que si tal, y que si cual... En una palabra, puesto a filosofar, el checo le dirá lo mismo que el madrileño, que el parisino y que el milanés. Pero la realidad es distinta; quiero decir, que el checo se afana y, unos mejor y otros peor, cumple con su trabajo. No obstante, yo no he observado allí estos apremios delirantes que caracterizan al hombre occidental incluso para divertirse. Y hay, a mi entender, dos razones que ponen al checo a

cubierto de esta fiebre vital de nuestra época: la relativa escasez de coches y la ausencia del sentido de medro. Los occidentales estamos muy orgullosos de ver cómo crece el número de matrículas de automóviles en nuestra ciudad de residencia. Es un sentimiento competitivo hartamente pueril, parejo al que nos lleva a entusiasmar nos con las victorias futbolísticas de nuestro equipo favorito. Pero es así para los que tienen coche y para los que no lo tienen. Los primeros no viven en su afán de mejorar de modelo y los que no lo tienen, en su ambición de adquirir siquiera el más modesto. Y no voy a hacer aquí una estadística sobre los siniestros de carretera que ocasionan una mortandad, según dicen, superior al cáncer, pero me gustaría conocer en qué medida influye el automóvil en las enfermedades del corazón. Pretendo insinuar que el coche imbuye en el hombre actual un sentido de aceleración, una idea de prisa, la tenga en realidad o no la tenga. Apretar el pedal es fácil, se logra sin esfuerzo, lo malo es que el hombre, aunque a veces vaya a pie, tiene ya dentro «el apremio por llegar». ¿Dónde y a qué hora? Esto es secundario. Se trata de llegar a alguna parte y cuanto antes. Bueno, pues en Checoslovaquia, adquirir un automóvil es algo utópico para la mayoría de los ciudadanos, lo que quiere decir que la mayoría de los ciudadanos no tienen prisa, esto es, no han sido todavía poseídos por «la pasión de acelerar». El checo medio espera al tranvía o al autobús y hace las cosas por sus pasos contados. El tranvía o el autobús ya llegarán y, en todo caso, si no llegan, el Estado será responsable de mi retraso en servir al Estado. ¿Comprende usted? El proceso está encuadrado dentro de una lógica irrefragable. Y en el subconsciente del checo aletea, aunque no se dé por enterado, este hecho. De esta manera, lo crea o no, se ahorra tiempo y se ahorra salud. No es el mo-

mento de detenerme en el uso estúpido que se hace en España del automóvil. Por ejemplo, en mi ciudad, Valladolid, conozco docenas de personas que para trasladarse de casa a la oficina —500 metros a todo tirar— echan mano del «seiscientos», aunque luego, para aparcar, tengan que dejarle a un kilómetro de su destino. Estos señores no usan el coche para llegar antes, sino para que sus compañeros se enteren de que tienen coche. El hecho es bien torpe y dice muy poco a nuestro favor, pero así estamos montando nuestra modesta sociedad de consumo. Triste, sin duda. Pero lo peor es que estos supuestos acarrearán una serie de medidas adecuadas a tal estado colectivo de aceleración, entre otras menos importantes, el fraccionamiento en la especialización y en la división del trabajo. Los checos, por supuesto, no han llegado a estos extremos, es decir, la convulsión y el vértigo, aunque ellos se piensen otra cosa, no han alcanzado ni con mucho los niveles occidentales. Puedo darle un dato expresivo: en los cines, en la ópera, en los cafés, en los restaurantes, existen en Praga como en toda tierra de garbanos, unos guardarropas donde usted entrega al llegar su abrigo y su sombrero. Una amable señorita los recibe, toma un boleto dividido en tres secciones, prende una de las partes en su sombrero con un alfiler, otro en la solapa de su gabán y el tercero se lo entrega a usted. La operación la ocupa, naturalmente, un minuto al menos por cliente. A buen seguro si un yanqui viera esto se subiría por las paredes. La pérdida de tiempo que esto representa le resultaría inadmisible. Pero uno se pregunta, ¿es, en realidad, una pérdida de tiempo? Se trata seguramente de una interpretación distinta del célebre aforismo «el tiempo es oro». El yanqui toma éste en un sentido literal: «El

tiempo es dinero»; el checo, por el contrario, lo acepta en un sentido simbólico, «el tiempo es vivir cada momento con toda intensidad». El oro para el norteamericano son dólares; para el checo, es vida. La cosa es bien simple.

»Y ya que hablamos de oro, le diré que en la mesura del checo, en su proceder sosegado y sin agobios, influye otro factor: la inexistencia de ambición, la falta de afán de enriquecimiento. Es obvio que este afán es el que mueve en buena parte la economía de occidente, pero el reverso nos muestra, sin duda, la causa de su paganismo o, lo que es lo mismo, de su decadencia. Checoslovaquia es un país de funcionarios, ya se lo he dicho. Desde el director de empresa hasta el limpiabotas —que, desgraciadamente, también los hay— son empleados públicos. Sin duda esta circunstancia frena por un lado su economía —el estímulo de una manera u otra debe sobrevivir—, pero, por otro, imprime a la actividad de este pueblo una serenidad y un respeto por el prójimo que se va perdiendo en occidente. La avidez de ganancias acaba por obnubilar al hombre occidental quien por un puñado de pesetas es muy capaz de avasallar a un amigo o de vender a su madre. En Checoslovaquia este caso no se da, porque no se da la posibilidad de especulación. Advertirá, pues, que esto es un arma de dos filos, por lo que aquel que sea capaz de sostener el estímulo sin despertar la codicia será para mí el exponente máximo de la sabiduría. De momento sólo puedo decirle que en virtud de estas razones, el pueblo checo, no padece de taquicardia, carece en absoluto del desbordado frenesí que tipifica, a raíz de la última guerra, la actividad de occidente. Que esto sea malo o bueno el tiempo lo dirá. Por de pronto, el hecho de medrar a costa del prójimo y de la propia salud no sólo me parece nocivo, sino muy poco evangélico.

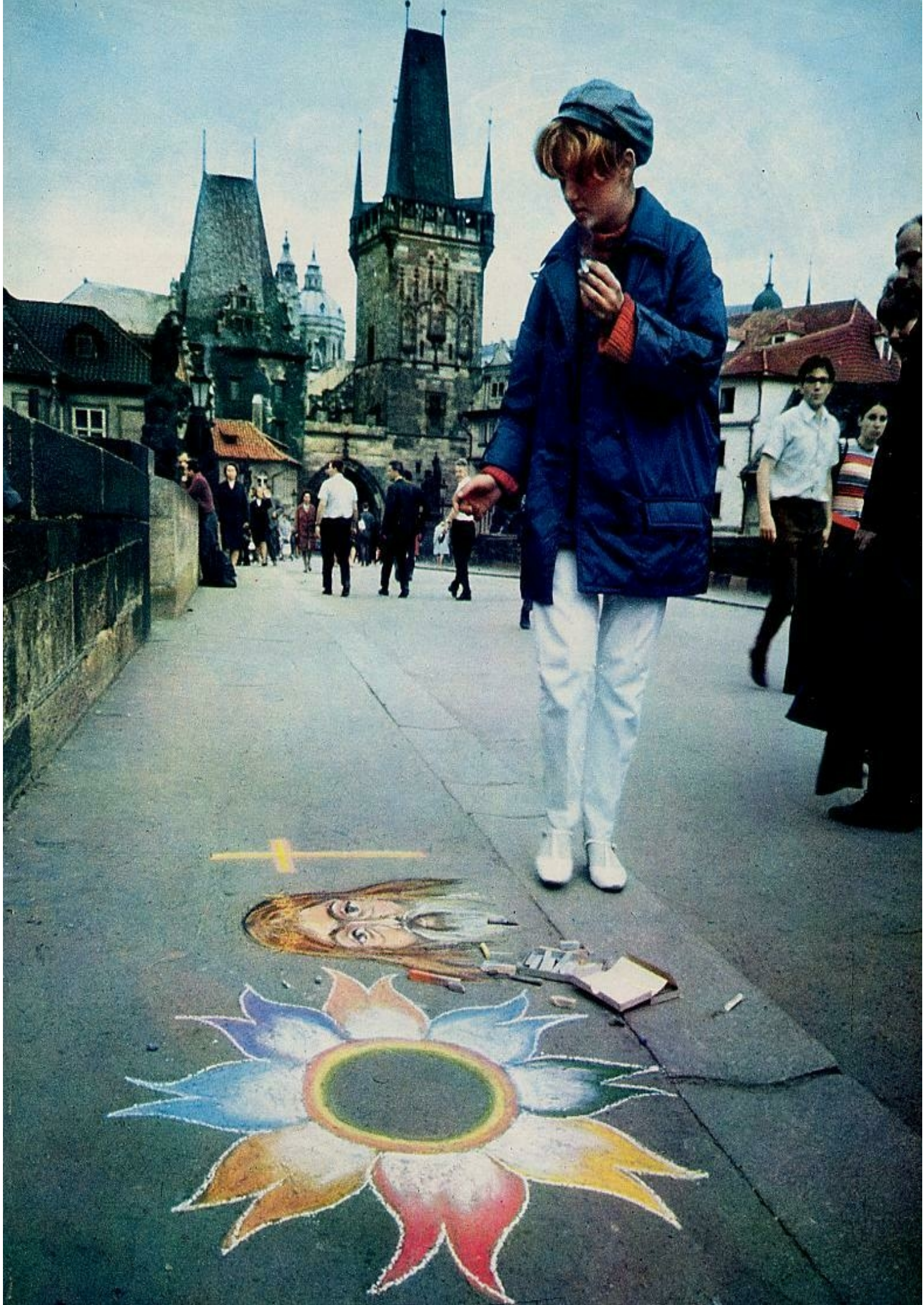
sobre la mujer checa

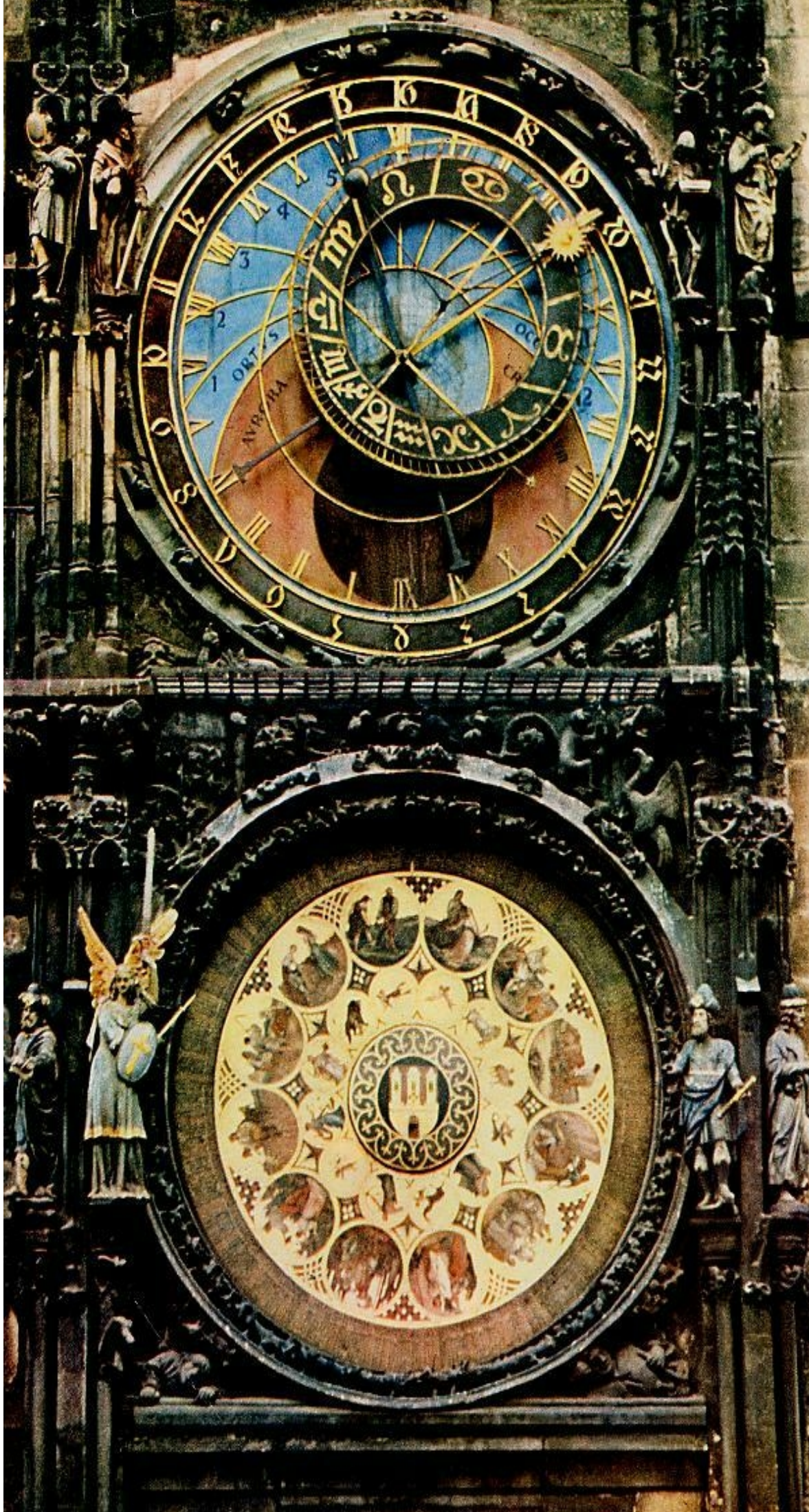
—Oiga usted y de gachis, ¿cómo andan en Checoslovaquia? Vamos, métese en harina de una vez y no se ande con rodeos.

—¿Y qué quiere que le diga de las mujeres? Cualquier burgués de tres al cuarto le dirá que de tanto sacar muelas conducir tranvías y fregar calles, la mujer checa ha perdido la femineidad. Pero yo me pregunto, ¿qué es la femineidad? ¿Está en relación la femineidad con la holganza? Si esto es así habrá que convenir en que la mujer del siglo XX, puesto que tiene que arrimar el hombro, debe dejar de ser femenina. Mas yo no pienso de esa manera. Hay mujeres que trabajan y que conservan una exquisitez, una delicadeza que desborda toda adjetivación. Y, por el contrario, hay mujeres que viven en plena indolencia y que carecen por completo de atractivo. Por de pronto, el hecho de que cultiven la cabeza, aunque usted a lo mejor no esté de acuerdo, ya es un buen síntoma. Yo no comulgo con Schopenhauer y si en el tiempo de este señor las mujeres tenían los cabellos más largos que las ideas era sencillamente porque a aquellos se les dejaba crecer y a éstas no. Virginia Woolf, ha escrito un ensayo muy penetrante a este respecto del que se deduce que la mujer, relegada tradicionalmente a la cocina, care-



Sobre el Karv Most, uno de los puentes de Praga y de los puentes de piedra más antiguos de Europa, una estudiante plinta para reunir dinero para su viaje de vacaciones. Estampa que sería familiar en París.





cia de oportunidades de alcanzar la genialidad salvo en el arte gastronómico. Las cosas han cambiado mucho desde entonces y aunque las medidas de pecho, cintura y caderas siguen siendo, a mi entender, un valor considerable, tampoco debemos desdeñar la medida del cerebro. En Checoslovaquia, las mujeres no encuentran cerrada ninguna puerta por razón de su sexo y esto me parece decisivo. La discriminación, donde quiera que se apoye, se me antoja un desatino y una injusticia. Es lo mismo que las pieles. En occidente, las mujeres constituyen una excelente vitrina y un abrigo confortable puede reportar al marido un pingüe crédito en el Banco. El hábito no hace al monje negro tampoco a la mujer. En Checoslovaquia la indumentaria dice poco. La tendencia igualitaria se hace patente aquí, particularmente en provincias. Vestir no es presumir, sino cubrir la desnudez. Esto supone que la palabra elegancia — como artefacto — es allí un vocablo desacreditado; carente de sentido. Esto aparte, hay dos hechos que en este terreno me llamaron la atención: primero, el uso de los pañuelos de cabeza y, segundo, los zapatos. En cuanto a los pañuelos de cabeza, floreados y muy vistosos, representan una credencial de procedencia campesina. Las pueblerinas que llegan a la ciudad van tocadas de pañuelos a partir de cierta edad; es decir, acontece lo contrario que en España: únicamente siendo campesina y madura se justifica un pañuelo a la cabeza en Checoslovaquia. Respecto a los zapatos es muy notoria la escasez de modelos; sucede lo mismo que con el «Skoda»: se trata de productos resistentes, utilitarios, pero bastos y de horma anticuada.

«Por otra parte, lo que llamamos por aquí vida alegre no tiene en Checoslovaquia demasiadas ocasiones de explavarse. Eso sí, la vida de la prostitución, nómada y sin reglamentar, es tan triste y penosa como en cualquier otra ciudad europea. La estación de Praga, a estos efectos, a la llegada de ciertos trenes, resulta deprimente. Como anécdota divertida le contaré lo que me decía un profesor, naturalmente por broma: «El socialismo proscribió la prostitución porque no puede admitir que en un trabajo tan fácil una mujer gane más que un obrero especializado». De todos modos, la añoranza de frivolidad se ha hecho ostensible en la reciente apertura, lo que quiere decir que los hombres y las mujeres somos muy parecidos en los cinco continentes. Las «boites», las minifaldas, los hombres melencolados y la música descoyuntada han empezado a proliferar allí. Con una particularidad, los jóvenes de pelo largo proceden, en su mayor parte, de la clase obrera. ■ MIGUEL DELIBES. (Reportaje gráfico de nuestro enviado especial XAVIER MISERACHS.)

Bajo este reloj doble, de caracteres romanos y hebreos, pasaba puntualmente Franz Kafka camino de su trabajo: una oficina de «Assicurazioni Generali». El reloj, uno de los más hermosos ejemplares del mundo, pertenecía a la vieja sinagoga.

PROXIMO NUMERO:

ULTIMAS PINCELADAS, UNA CINEGETICA ASOMBROSA, LA CIUDAD DE PRAGA

PAISAJE Y PAISANAJE



Praga es una de las ciudades más hermosas de Europa; especialmente la que se encuentra entre el puente de la Opera y el de Jane Svermy. Arriba, la catedral.

